

I. EL MÉTODO

DIFERENCIAR ENTRE EL DECIR Y EL HACER

Es necesario no revelar nunca las verdaderas intenciones de uno a las masas, y presentarles otras razones a las que uno sabe que son sensibles. Así, hay que separar claramente la *forma de la intención*, y la *intención real* de la que no hay que decir nada. La *forma de la intención* debe ser, en su mayor parte, si no totalmente, de naturaleza sobrenatural o metafísica ("trascendental"). Debe ser insignificante, en cualquier caso, cuando se considera desde el punto de vista de las intenciones o acciones reales en el mundo real del espacio, el tiempo y la historia. O bien: si la *forma de la intención* debiera tener algún significado empírico, será sin embargo imposible hacerla realidad en las condiciones reales de la sociedad.

En cualquier caso, la dependencia de toda la estructura del razonamiento de la forma, respecto de la verdadera intención, hace que sea imposible que su orador (o su redactor) proporcione una explicación real del comportamiento humano. Debe existir sistemáticamente una distorsión de la verdad y, naturalmente, no debe decirse ni mostrarse nada sobre cómo podría realizarse la *forma de la intención*, ya que, al ser quimérica o mítica, no puede realizarse.

Desde un punto de vista racional, los argumentos de la *forma de la intención* pueden ser tanto verdaderos como falsos (válidos o inválidos). Pero, salvo algunos casos excepcionales, no deben tener relación con los problemas políticos reales, ya que son imaginados para «demostrar» a la masa la validez de los puntos principales de la estructura de la *forma de la intención*. Estos puntos pueden ser consideraciones religiosas o metafísicas, o los aspectos seductores de un ideal utópico.

La *forma de la intención* debe ser una expresión indirecta de la verdadera intención; es decir, del significado concreto de la verdadera acción política en su relación con la actualidad de la situación histórica, social y económica. Pero, en el momento en que se expresa, esta forma sólo existe para enmascarar la verdadera intención. Así, cuando se debate de la paz universal, de una forma unificada y armoniosa de gobierno mundial, lo que realmente está en juego es si el país debe ser gobernado por su propio pueblo, o sometido a la influencia de otra nación reaccionaria y despótica. Cuando debatimos los méritos de un presupuesto estatal equilibrado y una moneda fuerte, nuestra intención real radica en el conflicto real sobre quién regula el valor y la distribución de la moneda. Nos imaginamos discutiendo sobre los principios morales y legales de la libertad y la democracia, cuando la verdadera cuestión es quién controlará esa democracia.

El resultado de todo esto es que la verdadera intención queda sin explicación, ya que a menudo aparece como viciosa y reaccionaria a la comprensión de las masas. Las cosas tienen que hacerse así, pues la verdadera intención siempre es negada y dejada al «azar», presentada como una consecuencia involuntaria y desafortunada, o como el desafortunado corolario de la *forma de la intención*.

E incluso cuando la verdadera intención es pensada para el bienestar de la masa y su seguridad, no se debe aportar ninguna prueba o evidencia de ello. Y si alguna vez debe existir tal prueba o evidencia, entonces ésta debe ser uno de los argumentos de la forma de la intención. Incluso cuando la masa acepta favorablemente la verdadera intención, o se cree que la aceptará así, se debe seguir presentándole la *forma de la intención* (es decir, las falsas razones).

El carácter necesariamente sofisticado y abstracto de la *forma de la intención* sólo existe para estimular la pasión, los sentimientos o la existencia de un perjuicio que servirá para alcanzar el objetivo real ocultado. Este método, cuyas consecuencias, desde el punto de vista intelectual, son la confusión y la ocultación de la verdad, no puede ayudar en absoluto a resolver los problemas de las masas. En cambio, desde el punto de vista del Estado, de sus dirigentes y de sus portavoces, cuando éstos son deshonestos, ignorantes, habitados por creencias utópicas o simplemente buscan engañar, este método es, con mucho, la mejor manera de alcanzar cualquier objetivo y de conducir a las masas por el camino del sacrificio de sus propios intereses y de su dignidad en su beneficio.

ACERCA DEL DISCURSO POLÍTICO

Cuando un sistema liberal parece estar establecido (es decir, cuando el sistema de sufragio es ampliamente aplicado o universal), los candidatos a los altos cargos de gobierno deben proceder explotando los sentimientos más simples de las masas. Cualquiera que sea su origen, los métodos que utilizan aquellos cuyo objetivo es captar y explotar la simpatía de las masas son siempre los mismos. Consisten en señalar con el dedo el egoísmo, la estupidez y los placeres materialistas de los ricos y poderosos, y, por supuesto, en hacer caricaturas de ellos. Consisten en denunciar sus vicios, sus errores y sus faltas (imaginarias o reales, no importa). Consisten en prometer la aplicación de una burda justicia social, siempre deseada por la mayoría ya sometida a todas las frustraciones, que pretende abolir todas las distinciones de categorías sociales basadas en las ventajas del nacimiento. Consisten en estimular su deseo imposible de satisfacer una distribución absolutamente igualitaria de los placeres y los sufrimientos.

Muy a menudo, aquellos contra los que se dirige esta propaganda utilizan exactamente los mismos métodos para defenderse. Y todas las veces que creen que podrán así salirse con la suya, también hacen promesas que nunca podrán o podrían cumplir.

DE LA NECESIDAD DEL MITO PARA DIRIGIR BIEN A LAS MASAS

«Las creencias generales son los soportes necesarios para las civilizaciones; imprimen una orientación a las ideas y sólo ellas pueden inspirar la fe y crear el deber¹», nos explica Gustave Lebon.

Un mito, a diferencia de una hipótesis o una utopía, nunca es a la vez totalmente imaginario ni totalmente verdadero. Los hechos del mito nunca pueden ser discutidos, porque un mito nunca puede ser refutado, ya que es básicamente conforme a las convicciones de un grupo. Al ser la expresión de esas convicciones en el lenguaje de ese grupo (que puede ser el origen de un movimiento), no se pueden analizar adecuadamente sus elementos o partes en el plano histórico.

Cuando los Hombres participan en un gran movimiento social, siempre perciben su acción futura como una lucha cuya causa es tan obvia que inevitablemente triunfará.

Estas construcciones, estos conocimientos tan importantes para los historiadores, son efectivamente mitos, como lo son las grandes huelgas generales de los sindicalistas y las

¹Gustave Lebon, *Psychologie des foules*, 1895. *Psicología de las masas*, «Límites de la variabilidad de las creencias y las opiniones de las masas; Las creencias fijas», Ediciones Morata, 2014, Madrid, p. 82

revoluciones proletarias. El cristianismo primitivo, la Reforma, la Revolución Francesa y los seguidores del revolucionario Mazzini² son ejemplos notables de estos mitos. Así pues, sería una pérdida de tiempo tratar de analizar estos constructos y conocimientos como se analiza una cosa separándola en elementos distintos, por qué hay que considerarlos en su totalidad exclusivamente y como fuerzas históricas, y por qué hay que tener especial cuidado en no hacer comparaciones precipitadas entre los hechos consumados y las causas que los grupos han hecho suyas previamente antes de actuar.

Un mito no es una descripción de cosas y nociones, sino la expresión de una voluntad de actuar. Los que viven en este mundo de mitos se resisten a todas sus refutaciones. Por ejemplo, ningún fracaso demuestra nada contra el socialismo, ya que el socialismo es sólo una fase de transición que precede a la revolución (se entiende aquí que los comunistas consideran la revolución como una acción permanente, no como un medio que debe llevar a un fin). Todos los incrédulos que tratan de verificar las premisas que sostienen el argumento del socialismo son acusados de haber cursado mal su aprendizaje (o de que su aprendizaje ha sido insuficiente); éstos deben esforzarse más para comprender, con más coraje, ahínco y confianza de lo que han demostrado hasta entonces.

Aunque un mito no es una teoría científica, y por tanto no necesita ser contrastado con los hechos, no es sin embargo arbitrario; ningún mito puede serlo. Un mito que sirva para aglutinar y animar a un grupo (que puede ser una Nación, una población o una categoría social) debe ser capaz de estimular los sentimientos más profundos de sus miembros y, al mismo tiempo, canalizar sus energías hacia la búsqueda de una solución a los problemas reales a los que se enfrentan en su entorno social y económico actual.

DE LA NECESIDAD DE LA VIOLENCIA PARA DIRIGIR BIEN A LAS MASAS

El mito, cuando es poderoso, trasciende el movimiento social, hace que la revolución sea formidable y heroica. Pero no sirve de nada si no está respaldado por la violencia. George Sorel, que se ha hecho universalmente conocido de los pensadores y políticos de todo tipo por su teoría de la violencia regenerativa, e indispensable para todos los movimientos revolucionarios proletarios³, nos enseña casi todo de lo que sigue en este

²Giuseppe Mazzini (1805-1872) fue un revolucionario y patriota italiano, ferviente republicano y luchador por la consecución de la unidad de Italia. Junto con Giuseppe Garibaldi, Víctor Manuel II y Camillo Cavour, es considerado uno de los "padres de la patria" en Italia. Mazzini participó y apoyó todos los movimientos insurreccionales en Italia, la mayoría de los cuales resultaron ser un fracaso, pero sus acciones tuvieron el efecto de sacudir a los pequeños estados de la península y preocupar a los más grandes, como el Reino de Cerdeña, luego el Reino de Italia a partir de 1861, Francia y el Imperio austriaco, del que Metternich, el primer ministro austriaco, dijo de él: "*Tuve que luchar con el más grande de los soldados, Napoleón. Conseguí poner de acuerdo a emperadores, reyes y papas. Nadie me ha dado más problemas que un bandido italiano: delgado, pálido, harapiento, pero elocuente como la tormenta, ardiente como un apóstol, astuto como un ladrón, impertinente como un comediante, incansable como un amante, cuyo nombre es Giuseppe Mazzini*". Sus ideas y su acción política contribuyeron en gran medida al nacimiento del Estado unitario italiano, mientras que las condenas de los distintos tribunales italianos le obligaron al exilio y a la clandestinidad hasta su muerte. Las teorías mazzinianas son de gran importancia en la definición del movimiento europeo moderno debido a la afirmación de la democracia a través de la forma republicana del Estado. En la política italiana fue un referente permanente, siendo recuperado por todas las tendencias políticas: el fascismo, la resistencia y su familia republicana.

³ George Sorel, *Réflexions sur la violence*, 1908. *Reflexiones sobre la violencia*.

artículo. Pero hay que ser cauteloso a la hora de entender qué ideas defendía y por qué las defendía. Sorel no tomaba las ideas del humanismo y del pacifismo por lo que eran, ya que entendía que sólo son *formas de intenciones* que sirven para lograr *intenciones reales*; las vinculaba al contexto histórico en el que tenían que operar.

Por muy fuertes que sean, los argumentos del humanismo y del pacifismo nunca están libres de la violencia de las relaciones sociales, ya que la violencia es siempre el principal medio para mantener el orden en cualquier sociedad.

Incluso en las sociedades donde la libertad del individuo es más grande, al menos la clase inferior es mantenida en un estado de servidumbre económica, social y política. Desde la perspectiva de la realidad política, que es la nuestra aquí, el discurso humanista sólo sirve para oscurecer las realidades sociales. Y lo que es más importante: la denuncia moral de la violencia contribuye a amordazar a las clases bajas y medias, y a disuadirlas de utilizar los medios violentos de que disponen cuando se rebelan.

Es cierto que la violencia abierta en la sociedad civil en tiempos de paz se ha vuelto más rara en el siglo XX que en cualquier otro siglo anterior; pero ¿debe tomarse esto como una señal de evolución en todos los aspectos?

Sí, en la medida en que la brutalidad física de los ladrones de antaño, y la utilizada por los Estados para castigarlos, apenas se utiliza hoy en día, salvo en algunas sociedades que han permanecido socialmente primitivas. No es esta violencia de la que quería hablar Sorel.

Desde otro punto de vista, la creciente rareza de la violencia sólo se corresponde con la creciente frecuencia del engaño y la corrupción en las relaciones sociales. El engaño ha sustituido en gran medida a la violencia como camino seguro hacia el éxito y el privilegio. Motivo por el que los mejores y más aptos para el engaño que para la violencia hacen del humanismo su principal argumento. Porque, a diferencia del acto de violencia, el engaño no engendra el horror moral de las masas; «Se ha llegado a considerar que sería muy injusto que se condene a negociantes en bancarrota y a notarios arruinados después de medianas catástrofes, mientras que los príncipes de la estafa financiera continuaban llevando una vida de esplendor⁴», explica Sorel.

Lo mismo ocurre con la clase inferior moderna, cuando está controlada por reformistas y políticos. La tolerancia abierta de los métodos de violencia proletaria amenazaría todas las instituciones de la sociedad, y su estructura social en su conjunto. Por eso el uso de la violencia es condenado por todos los que tienen interés en mantener una sociedad en su estado actual. La astucia se ve favorecida cuando ésta utiliza las doctrinas de «paz social», «colaboración» y «arbitraje o mediación». Se resta importancia a la gravedad de los actos ocasionales de violencia de la clase baja, porque las élites de los sindicatos obreros - cuando son los discretos aliados de la élite gobernante- la utilizan para: mantener su presión sobre los empresarios, obtener concesiones para ellos mismos y demostrar que son capaces de controlar la violencia proletaria. Sorel explica a este respecto:

«Transformar los sindicatos en asociaciones político-criminales para que sirvieran de auxiliares al gobierno democrático, ese fue el proyecto de Waldeck-Rousseau⁵ desde 1884. Los sindicatos tendrían que desempeñar un papel análogo al que vimos desempeñar a las Logias: éstas sirviendo de espías de los funcionarios, aquéllos, destinados a amenazar los intereses de los patronos poco favorables a la administración. Los francmasones eran recompensados con condecoraciones y favores para sus amigos. Los

⁴George Sorel, *Réflexions sur la violence*, 1908. *Reflexiones sobre la violencia, La moralidad de la violencia, II*, Editorial La Pleyade, 1973, Buenos Aires, p. 202

⁵Pierre Waldeck-Rousseau (1846-1904), fue un republicano y estadista liberal francés. Es famoso por haber participado en la legalización de los sindicatos (ley Waldeck-Rousseau de 1884), así como por la ley de asociaciones de 1901. (NdT).

obreros estaban autorizados a arrancar a sus patronos jornales suplementarios. Esta política era muy simple y no costaba caro. Para que este sistema pueda funcionar convenientemente, es preciso que haya cierta moderación en la conducta de los obreros. No solamente la violencia debe contenerse en discretos límites, sino que las reclamaciones mismas no deben ser excesivas. Es necesario aplicar en esto los mismos principios que para los *pots-de-vin* (sobornos) percibidos por los políticos: son aprobados por todos cuando se saben moderar las exigencias. Las gentes de negocios saben que existe todo un arte del soborno; ciertos comisionistas han adquirido una habilidad muy particular para justipreciar las sumas que deben ofrecerse a los altos funcionarios o a los diputados que pueden llevar a buen término un convenio. Si los financieros están casi siempre obligados a recurrir a los buenos oficios de los especialistas, con mayor razón los obreros —no duchos en las costumbres mundanas— necesitarán intermediarios para determinar la suma que pueden exigir de sus patronos sin exceder los límites razonables.

«Es así como nos vemos compelidos a considerar el arbitraje bajo una óptica nueva, y a comprenderlo de una manera realmente científica, ya que, en vez de dejarnos adormecer por las abstracciones, debemos explicarlo según las ideas dominantes en la sociedad burguesa, que lo ha inventado y lo quiere imponer a los trabajadores. Evidentemente, sería absurdo entrar en una salchichería e intimar que se nos venda un jamón a un precio inferior al mercado, y reclamando un arbitraje. Pero no es absurdo prometer a un grupo de patronos el beneficio que puede procurarles la estabilidad de los salarios durante algunos años, ni preguntar a los especialistas cuáles gratificaciones merece tal seguridad. Esta gratificación puede ser considerable, si es dable confiar en la buena marcha de los negocios durante ese período. En vez de entregar un soborno a un hombre influyente, los patronos aumentan el salario a sus obreros. Desde este punto de vista, no hay ninguna diferencia. En cuanto al gobierno, se convierte en benefactor del pueblo y espera tener buenas elecciones. Ahí está su provecho particular. Los beneficios electorales que, para el político, derivan de una conciliación bien llevada, valen más para él que un espléndido soborno (...)»⁶

«Mucha gente instruida cree que nunca se aplaudirá lo suficiente el viraje de la violencia a la astucia que se manifiesta en las actuales huelgas de Inglaterra. Las *trade-unions*⁷ se ocupan en que se les reconozca el derecho de emplear la amenaza disfrazada de fórmulas diplomáticas. No desean ser molestadas cuando hacen circular alrededor de las fábricas a los delegados que tienen la misión de decir a los obreros que quieren trabajar que a ellos les convendría seguir las indicaciones de las *trade-union*...»⁸

Además, el crecimiento de las ideologías humanistas y pacifistas, ese esfuerzo por enmascarar la fuerza que, de todos modos, sigue operando ambiguamente para apoyarse en un poder basado en artimañas, engaños, compromisos y corrupción en lugar de la violencia, es el *método del colectivismo oligárquico*. No sólo permite tener bajo control las clases bajas y medias, sino también todos los individuos de la élite, tal como ésta se describirá en un capítulo posterior. El poder se ejerce de forma ambigua, mediante el engaño y sin tomar en cuenta el significado del poder político según la teoría de la ciencia política moderna. Paralelamente a este estado, el poder político, tal y como aparece oficialmente, tiene que enfrentarse a las críticas de las clases medias y bajas; es aquí donde cobra sentido la necesidad de controlar la prensa. Sorel dice a este respecto:

⁶George Sorel, *Réflexions sur la violence*, 1908. *Reflexiones sobre la violencia, La moralidad de la violencia, III*, Editorial La Pleyade, 1973, Buenos Aires, p. 213, 214

⁷Sindicatos obreros en Inglaterra.

⁸George Sorel, *Réflexions sur la violence*, 1908. *Reflexiones sobre la violencia, La moralidad de la violencia, VI*, Editorial La Pleyade, 1973, Buenos Aires, p. 224

«Cuando las clases gobernantes, no atreviéndose a gobernar más, tienen vergüenza de su privilegiada situación y se esfuerzan en adelantarse a sus enemigos, y proclaman su horror por toda escisión en la sociedad, se hace mucho más difícil mantener en el proletariado esta idea de división, sin la cual sería imposible para el socialismo cumplir su histórico cometido⁹».

Y si no controlan firmemente la prensa, entonces revelan su cobardía y charlatanería.

«Hagamos todos los días algo más por los desheredados, dicen esos señores; mostrémonos más cristianos o filántropos o más demócratas (según el temperamento de cada uno); unámonos para el cumplimiento del deber social. Así daremos cuenta de esos horribles socialistas que creen posible arruinar el prestigio de los intelectuales, después que los intelectuales arruinaron el de la Iglesia. De hecho, esas doctas y morales combinaciones fracasaron; no es difícil columbrar la razón.

«El gracioso razonamiento de esos señores, los pontífices del deber social, supone que la violencia no podrá ya aumentar, e incluso que disminuirá, a medida que los intelectuales repartan cortesías, estupideces y muecas en honor de la unión de las clases. Desdichadamente para esos grandes pensadores, las cosas ocurren de otra manera. Se advierte que la violencia no cesa de crecer cuando tendría que disminuir, de acuerdo con los principios de la alta sociología¹⁰.»

Un reconocimiento abierto de la necesidad de la violencia puede frenar la degeneración social, pero en ese caso, la franca brutalidad y el espíritu autoritario que lo caracterizan deben apoyarse en un mito especialmente fuerte y convincente. El mito y la violencia, cuando dependen el uno del otro y recíprocamente, ya no producen una crueldad y un sufrimiento sin propósito, sino, en su lugar, un sentido de sacrificio y de heroísmo¹¹.

Pero es a través de lo que es sólo superficialmente una paradoja que el consentimiento abierto al uso de la violencia, cuando éste está vinculado a un mito fuerte, conduce a una disminución general de la violencia en toda la sociedad. Como en el caso de los primeros mártires cristianos, los cuáles los historiadores han demostrado que, en última instancia, eran raros y poco espectaculares en la realidad; la calidad absoluta de un mito da un sentido más elevado a la naturaleza de la violencia y, al mismo tiempo, evita una repetición incesante de actos brutales. «Podemos entonces concebir que el socialismo sea perfectamente revolucionario, aunque no haya sino conflictos breves y poco numerosos, con tal que posean la suficiente fuerza para combinarse con la idea de la huelga general. Todos los acontecimientos aparecerán entonces bajo una forma amplificadas y si se mantienen las nociones de catástrofe, la escisión será perfecta. De este modo se descarta la objeción que se hace a menudo a los revolucionarios: la civilización no está amenazada de sucumbir bajo las consecuencias de un desarrollo de la brutalidad, pues la idea de huelga general permite alimentar el concepto de lucha de clase en medio de incidentes que parecen mediocres a los historiadores burgueses¹².»

La aparente paradoja, que sugiere que la abierta aceptación de la función de la violencia en los conflictos sociales puede conducir a una disminución de la cantidad de violencia en general, aparece como un gran misterio para todos aquellos que observan la sociedad sólo considerando sus formas. Si los Hombres creen y dicen que se oponen a la violencia,

⁹George Sorel, *Réflexions sur la violence*, 1908. *Reflexiones sobre la violencia, La moralidad de la violencia, I*, Editorial La Pleyade, 1973, Buenos Aires, p. 194

¹⁰George Sorel, *Réflexions sur la violence*, 1908. *Reflexiones sobre la violencia, La moralidad de la violencia, I*, Editorial La Pleyade, 1973, Buenos Aires, p. 194-195

¹¹Sorel parece tener una visión repentinamente "romántica" y "apasionada" cuando trata este punto, pero el conjunto de su reflexión sugiere fuertemente que era consciente de ello.

¹²George Sorel, *Réflexions sur la violence*, 1908. *Reflexiones sobre la violencia, La moralidad de la violencia, I*, Editorial La Pleyade, 1973, Buenos Aires, p. 194

si defienden, por el contrario, ideales humanistas y pacifistas, se deduce -como piensan todos los *formalistas*- que habrá menos violencia en el mundo que cuando se admitía abiertamente la necesidad de ésta. La experiencia histórica, sin embargo, no avala tal esperanza, como ya advirtió y comprendió Maquiavelo en su tiempo. Los ideales humanistas comunes a la mayoría de los aristócratas franceses del siglo XVIII no redujeron el gigantesco baño de sangre de la Revolución Francesa de 1789; al contrario, es posible que hayan sido la causa de sus excesos. Los hechos demuestran que la percepción humanista del castigo de los delincuentes, tal como la vimos surgir y florecer durante el siglo XIX, no redujo en nada la criminalidad violenta. Los movimientos pacifistas y contra la guerra son una marca especialmente visible de la sociedad moderna. Sin embargo, no han impedido el advenimiento de las mayores y más devastadoras guerras de la historia de la humanidad. Por el contrario, en los mismos países en los que han sido más influyentes, han llevado a la muerte a muchos más Hombres de los que habrían muerto si la doctrina política del momento se hubiera basado en el hecho de que las guerras son una de las fases naturales e inevitables en el ciclo de la Historia de todas las sociedades del mundo.